

PALABRAS DE LUIS RAMIRO BELTRÁN SALMON EN EL ENCUENTRO DE PERIODISTAS BOLIVIANOS PARA ANALIZAR EL INFORME SOBRE LA DEMOCRACIA EN AMERICA LATINA AUSPICIADO POR EL PNUD EN LA PAZ EN NOVIEMBRE 23, 2004

Soy un viejo y obstinado creyente en que el desarrollo de los países no debe concebirse ni primordialmente ni, menos, exclusivamente como el progreso material y el crecimiento económico de ellos y soslayando el derecho de los pueblos al avance inmaterial en términos de libertad, justicia y dignidad.

Por eso aprecio el singular enfoque humanista que preconiza hoy el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo cuyo administrador general, Mark Malloch Brown, sostiene que *“... el desarrollo centrado en las personas va más allá de una variable económica ya que se trata de que las personas puedan tener mayores capacidades y oportunidades y que puedan vivir mejor de acuerdo con sus necesidades y con sus aspiraciones.”*

También celebro la franca y firme adhesión del PNUD al ideal democrático, la que se manifiesta ejemplarmente en el **Informe sobre la Democracia en América Latina** cuyo análisis es hoy aquí el objeto de este encuentro de reflexión entre periodistas. Y hallo plausible que ellos sean miembros de la **Red de Corresponsales de Desarrollo Humano en Bolivia** que el PNUD se propone ahora reactivar.

Sustentado por una encuesta a un conjunto de sobresalientes líderes de nuestra región, incluyendo a varios ex-presidentes de sus repúblicas, el informe reconoce avances logrados en la empresa de consolidar y perfeccionar la democracia entre nosotros. Pero hace esta advertencia: *“Hay que profundizar tanto la gobernabilidad democrática, entendida como el fortalecimiento institucional del régimen como, sobre todo, la cultura política, que supone construir espacios de participación equitativa de aquellos más desfavorecidos en las sociedades latinoamericanas.”* Y anota que para hacer esos se necesita voluntad política, dirigentes comprometidos con sus países y ciudadanos resueltos a confrontar los retos y los problemas que conlleva la construcción democrática.

La debacle de octubre del año pasado constituyó uno de los más graves momentos de la historia política de Bolivia y la mayor de las crisis en el proceso de dicha construcción democrática en este país. Significó el colapso terminal del período de intensa pero fallida lucha por la democratización iniciado 21 años antes, al mismo tiempo que el punto de extinción del neoliberal modelo de desarrollo – mercantilista, conservador e individualista – implantado en 1985. El frágil edificio de la configuración democrática se vino de pronto al suelo, en medio de sangre y luto, y puso al país no sólo en situación de escasa gobernabilidad sino hasta en riesgo de parálisis, caos y desintegración.

El trágico final del gobierno del Presidente Sánchez de Lozada vino a marcar el fracaso de la democracia “pactada” en la que el pueblo había puesto su esperanza de superación del subdesarrollo. A lo largo de dos décadas los partidos políticos mostraron su incapacidad para gobernar al país con eficacia y honestidad y, obnubilados por el juego del poder, no se

percataron de que el pueblo no iría a continuar indefinidamente resignado ante la inequidad que lo fue agobiando crecientemente y que iría a exacerbar su ánimo en día no lejano. Siguieron practicando el clientelismo y el prebendalismo y pugnando por cuotas de poder para beneficio propio y no para bien del pueblo. Y no supieron percibir las señales de riesgo para su hegemonía, no prestaron oídos a las voces de protesta de los de abajo.

Entre tanto la miseria fue avanzando a grandes pasos, el desempleo aumentó y se redujeron los gastos gubernamentales en pro de la salud y de la educación del pueblo. En efecto, la brecha entre pobres y ricos se fue expandiendo prontamente. Según lo indicaron hace un año el Instituto Nacional de Estadística y la Unidad de Análisis de Política Económica, el 71% de la población boliviana tenía que sobrevivir con menos de dos dólares al día. En tanto que en 1998 la población en estado de pobreza había sido de 5 millones de personas, representando el 62% de la población total, cinco años más tarde esa población depauperada había llegado a 5.8 millones de personas y el porcentaje de pobreza había ascendido a 64. O sea, que en sólo ese quinquenio la inequidad había aportado 800.000 nuevos pobres a la escena del subdesarrollo en Bolivia.

Pero los políticos siguieron adelante en lo suyo de siempre, ciegos y sordos ante el ya rabioso clamor de los desheredados registrado en abril y septiembre de 2000 y en febrero de 2003 o ante serenas advertencias como esta que hiciera en el año 2000 el entonces Representante del PNUD en Bolivia, Carlos Felipe Martínez: *“Los tres informes sobre el desarrollo humano que ha presentado el PNUD en los últimos cinco años sobre Bolivia apuntan justamente a ver la pobreza como un factor que limita el desarrollo humano y los bajos niveles del mismo aumentan la pobreza. Cómo romper el círculo es uno de los retos de este siglo que todos debemos afrontar.”*

¿A quién podría sorprender, por tanto, el hecho de que los partidos que se llaman democráticos hayan perdido la confianza de los ciudadanos? Aunque este fenómeno comenzó a hacerse notorio en Bolivia a mediados de los años del 90, en realidad el descrédito de las organizaciones políticas parece haber comenzado ya cerca de fines de la década del 80. Al deteriorarse la imagen del sistema político en la opinión pública, éste llegó a sufrir fuerte pérdida de respetabilidad y, por tanto, de autoridad para gobernar. Y ello comenzó a erosionar las bases de sustentación del régimen democrático lenta pero inconteniblemente. Se produjo así eventualmente un vacío de poder que la prensa, queriéndolo o no, vendría a llenar.

El juego político cambió de escenarios. De la plaza, estadios y balcones pasó a instalarse en pantallas televisivas y en planas de diarios y revistas. Es decir, los medios de comunicación masiva han venido ganando rápidamente un nivel de influencia tal en el comportamiento de la sociedad que la vieja metáfora inglesa que califica a la prensa de “cuarto poder” llegaría a materializarse en un relativamente súbito y desmedido aumento de poder por parte de los periodistas que entraron a competir con los políticos para marcar la agenda pública en lo político y lo económico y para brindar o restar apoyo a los responsables del manejo del Estado. Algunos periodistas entraron al ejercicio de la política y algunos políticos compraron medios de comunicación y se improvisaron de periodistas, cada uno invadiendo el campo del otro.

Los periodistas Raúl Peñaranda y Erick Torrico hacen esta afirmación corroborativa de lo que acaba de anotarse: *“En Bolivia, claramente, los medios y los periodistas se ven a sí*

mismos como ese cuarto poder. Para la mayoría de ellos es impensable que deban inhibirse de dar sus opiniones y solamente permitir el debate entre otras fuerzas y sociales. Ello ha terminado por trastocar las funciones del periodismo. Ahora, un medio no informa, sindicaliza. Un medio no evalúa, juzga. Un medio no analiza, acusa.”

Ciertamente, la pugna por el poder entre políticos y periodistas no es nueva en Bolivia ni en ninguna otra parte. Por definición, prensa y política son naturalmente inseparables y se da entre ellas una relación de odio y amor. Los políticos recelan de los periodistas y los condenan y adversan siempre que pueden, pero también los halagan y adulan porque los necesitan para no quedar del todo fuera del juego. A su vez, los periodistas, aunque censuran y menosprecian a los políticos, los consideran una suerte de mal necesario porque su responsabilidad consiste en informar con marcada preferencia sobre ellos sobre el resto de su público.

Una reciente encuesta pidió a 35 políticos, parlamentarios y dirigentes, su opinión sobre la cobertura periodística del poder político y a 29 periodistas a cargo de la diaria cobertura del Parlamento, su opinión sobre la actividad legislativa.

Los resultados indicaron que los periodistas ven con desconfianza y desprecio al Congreso de la República y sus respuestas fueron predominantemente críticas. El 82%, por ejemplo, no reconoce representatividad al Parlamento – eje y emblema de la democracia tradicional – y más bien atribuyen esa representación a la Iglesia Católica y a los propios medios de comunicación. Algo más de dos tercios considera que la actividad de los parlamentarios es negativa y que debe eliminarse a los diputados suplentes. El 75% afirma que la incorporación de indígenas al Poder Legislativo no ha contribuido a mejorar las labores de éste. Y el 62.1% cree que el Parlamento impide las investigaciones para el esclarecimiento de actos de corrupción.

Por su parte, los políticos entrevistados no escatimaron críticas a los periodistas. Cerca del 90% de ellos sostuvo que los medios de comunicación se han desprestigiado en los últimos años debido a la manipulación y a la distorsión deliberada de la información, así como al sensacionalismo que sus periodistas practican y también a la intervención interesada de sus propietarios. Preguntados sobre si los medios transmiten adecuadamente la información al público, el 65.7% respondió que no, el 20% acotó que no siempre y sólo el 14.3% afirmó que sí.

En suma, políticos y periodistas son contendores y, sin embargo, como ya se lo ha señalado, ninguno de ellos parece poder vivir sin el otro. Y ambos, si bien por distintas razones y en diversos grados, sufren pérdida de credibilidad. Son algunos de los propios periodistas los que señalan este lamentable fenómeno con acritud. Por ejemplo, el comunicador y columnista César Rojas sostuvo en 2003 que la información ya no era el alimento de las mentes sino la sal de las emociones y agregó: *“Así como los políticos dejaron de estar al servicio del ciudadano, los periodistas también trocaron verdad y realidad por el rating.”* Y ya en 1993, al recibir el Premio Nacional de Periodismo, José Gramunt de Moragas advirtió con severidad que estaba naciendo en Bolivia una nueva dictadura, la de los medios de comunicación. Dijo entonces, entre otras cosas tan duras, estas: *“Los hombres de la comunicación nos hemos constituido en una suerte de divinidades griegas que, desde el Olimpo de las maravillas tecnológicas, rigen a los hombres de la moderna Atenas global ... Los viejos imperios se quedan chicos al lado de los otros nuevos de la comunicación ... Así*

las cosas no hay poder que no nos tema, no hay juez que nos juzgue, no hay moral que nos cohiba, no hay sabio que nos supere, no hay anciano que nos oriente, no hay prudencia que nos modere, no hay institución que nos encuadre. La práctica de la comunicación tiende a extenderse sin control al conjunto de la sociedad. Y todo esto, si no es reorientado, puede conducir a graves males para la sociedad de nuestros tiempos ... Cuando el lucro y el poder, y no el sentido de servicio, es el que rige al periodismo, éste se vuelve un enemigo público de la sociedad ...”

En Bolivia la prensa no está sola en el empeño de llenar el vacío de poder dejado por la acentuada decadencia de los partidos políticos. La acompaña, muy claramente desde lo sucedido en octubre del 2003, una insurgencia de organizaciones tradicionales de la base del pueblo como centrales obreras, uniones campesinas y juntas vecinales, así como de agrupaciones de reciente formación en torno a demandas específicas y coyunturales, como la “Coordinadora del Agua” y el “Movimiento de los Sin Tierra”. Nacida principalmente de la reacción de la población de El Alto ante la violenta represión de aquel octubre, esta difusa conformación cívica no parece tener proyecto claro, coordinación precisa ni dirigencia estable. Y, sin embargo, se ha constituido en una militante fuerza de presión social corporativista que también trata de desplazar al sistema político tradicional para ejercer directamente el poder en nombre del pueblo. Impulsada por el peso de la miseria, tenaz y aguerrida, esta eclosión social opta por tácticas de acción sediciosa como paros, huelgas, crucifixiones bloqueos y airadas concentraciones multitudinarias para plantear sus demandas tan numerosas, diversas y a veces descabelladas, que resultan imposibles de atender por las autoridades. Y esto produce una constante y peligrosa combustividad social propiciadora del caos y contribuyente a la anarquización del país.

En grosero contraste con la pobreza que aflige cada vez más a la mayoría de la población, el enriquecimiento ilícito de unos pocos por obra de la corrupción en el sector público aumentó impunemente llegando a situar a Bolivia, en las encuestas periódicas internacionales, entre los países más afectados por ella en Latinoamérica. Y, junto a la inequidad – madre del hambre y madrina de la ira – la corrupción carcomió la fe del pueblo en los políticos, abatió el respeto a la autoridad gubernamental y llegó a minar los basamentos mismos de la construcción democrática. Así lo demostró en marzo del 2001 una investigación realizada para la Universidad Católica por la firma Encuestas y Estudios con patrocinio de la USAID. La hizo Mitchell Seligson, quien probó plenamente la hipótesis de que una mayor corrupción está asociada significativamente con un menor apoyo a la legitimidad del sistema. Demostró que personas que habían tenido experiencias con el soborno tenían niveles de confianza más bajos en la legitimidad del sistema que las personas que no las habían tenido. También comprobó que a mayor incidencia de la corrupción menor resulta la creencia de la gente en la democracia. Y halló que quienes son víctimas de la corrupción sienten menos satisfacción respecto de la democracia, prefieren al autoritarismo y se inclinan más a favor de un gobierno de “mano dura” que en pro de un gobierno por participación popular.

Concordante con aquello, en el año 2001 la misma empresa encuestadora había encontrado que la problemática del país se concentraba en cuatro asuntos: desempleo, pobreza, corrupción y crisis económica, mostrando la corrupción el potencial más alto, especialmente a partir de 1999 cuando se había declarado claramente. El 94% de los entrevistados en este estudio expresó la convicción de que la corrupción afecta mucho al país, el 95% la consideró una amenaza para todos los bolivianos y el 96% llegó a proponer,

tal vez ante la incuria de los gobernantes, que el pueblo se organizara para combatirla. Y, por otra parte, ya en 1999 el 59% de una muestra de líderes de opinión y jefes de familia expresó la convicción de que el gobierno no se estaba empeñando en impedir la práctica de corrupción.

Esta recapitulación a grandes rasgos de la grave situación que padece actualmente la democracia en Bolivia me lleva a la percepción de que en la raíz de su problemática está la incomunicación que tristemente nos caracteriza a los bolivianos. No puede haber democracia verdadera y plena allá donde no haya conversación entre los ciudadanos. En la esencia del existir democrático está el diálogo forjador de la conciliación para el consenso que hace posible la gobernabilidad al conjugar los diversos puntos de vista que caracterizan a toda sociedad. Pero Bolivia es todavía un país preferentemente de monólogo. Aquí nadie quiere escuchar a nadie. Aquí todos quieren imponer sus visiones, sus razones y sus ambiciones a los demás. Los gobiernos no hacen del pueblo su interlocutor, no escuchan sus demandas sino con la pistola al pecho, no le informan de sus planes ni de sus problemas con claridad y antelación. Y entre las propias organizaciones – las políticas y las cívicas – la distancia entre dirigentes y seguidores es creciente. Los políticos callan o mienten. Los gobernantes sólo muy rara vez ponen sus cartas sobre la mesa. No dan al pueblo que los instaló en el poder la oportunidad de participar plena y protagónicamente en la toma de decisiones para la conducción de los asuntos de interés público. Y los medios privados de comunicación masiva confinan su información al discurso de las minorías poderosas, dejando por fuera de planas, ondas y pantallas a las grandes mayorías.

Así, lo repito, los bolivianos no podemos salvar a nuestra frágil y ahora hondamente malherida democracia.

Con esto no pretendo decir que la comunicación es la clave mágica, la panacea universal, para lograr la construcción y la consolidación de la democracia. Lo que quiero decir es que haríamos bien en darnos cuenta de que ni en Bolivia, ni en ninguna otra parte del mundo, es factible la democracia sin que haya diálogo permanente y verdadero entre gobernantes y gobernados.

Si esta convicción mía es razonable y resulta válida, entonces una acción crucial para rescatar a la democracia boliviana del abismo sobre el que pende, sería que el actual gobierno, presidido por un gran comunicador como es Carlos Mesa, yendo mucho más allá de la atención informativa a los apremios coyunturales, emprenda una acción frontal y honda para que el diálogo directo, franco y cotidiano con el pueblo contribuya decisivamente a poner la patria a salvo del abismo que la amenaza. Comparto en tal sentido esta propuesta del periodista y comunicólogo Erick Torrico: *“La mayor contribución que podía hacer el gobierno de Carlos Mesa Gisbert sería sentar las bases para restablecer la perdida comunicabilidad de la democracia, en particular en lo que concierne a reconstituir el sistema de partidos y de representación política. Secundariamente, su aporte estará en echar a andar los procesos que conduzcan a que más adelante, a mediano plazo, puedan ser tomadas las otras decisiones estructurales.”*

Pero sin duda no podrá dejarse librada la solución salvadora sólo a la acción gubernamental. Los medios privados de comunicación masiva tienen que compartir el desafío empleando a fondo todo su poderío para que los bolivianos, que en este momento están inclusive pugnando por separarse en republiquetas “cambas” y “collas”, conversen

para unirse en la lucha por la sobrevivencia del país en democracia. Es decir, la prensa, la radio y la televisión tienen ahora más que nunca la misión histórica de contribuir al entendimiento y a la pacificación indispensables para la continuidad democrática. Y nadie está mejor dotado que ellos para llegar a la mente y al corazón de todos los ciudadanos con mensajes de armonía, tolerancia, comprensión y cooperación.

Para mí es obvio que colegas como ustedes, comprometidos con la causa del desarrollo humano, están en posición de ventaja para constituirse en abanderados de una tal cruzada redentora que convierta a la amenaza en esperanza y al derrotismo en voluntad de vencer.

=====